

# Ceferino Namuncurá

## El hijo del último cacique

Ceferino Namuncurá era un indio araucano. Los araucanos habían bajado un día muy lejano de las cordilleras de los Andes hacia las inmensas llanuras del este, que hoy llamamos pampas de la Argentina. Los araucanos eran una raza orgullosa y guerrera para la que no había en el mundo cosa más odiosa que la esclavitud, el ser siervos. Su vida era la caza.

En 1833 el gobierno central hizo un tratado de paz con Calfucurá, guerrero gigantesco, fuerte y terrible como un toro. Pero los blancos, derrotados por las flechas, vencen con el alcohol. Regalan enormes cantidades a los indios, que por causa de aquella verdadera droga perderán en breve su vigor e independencia. En 1842 se vuelve a encender la guerra, en la que es derrotado el septuagenario Calfucurá, muriendo más de mil araucanos. Los supervivientes son empujados hacia las áridas montañas. En 1875 los araucanos eligen a un nuevo gran cacique que rompa los alambres de espinos y los conduzca de nuevo hacia la fértil llanura. El cacique se llama Manuel Namuncurá, y es el hijo menor del legendario Calfucurá. De nuevo se enciende el malón. Para los araucanos es el comienzo de la última tragedia. Prácticamente desarmados, los indios pudieron ofrecer poca resistencia. Era necesario discutir la rendición, para que los araucanos no acabaran todos muertos. Namuncurá tenía una desconfianza invencible hacia los blancos. Solamente se fiaba de uno, don Melanesio, misionero salesiano.



Los salesianos de Don Bosco habían llegado a Argentina a fines del 1875, dirigidos por don Juan Cagliero. Don Melanesio persuadió a Namuncurá a que se presentara personalmente al general Villegas. El 5 de mayo de 1882 entró en el fuerte Roca acompañado de nueve caciques. Dio la palabra de que nunca más combatiría contra el ejército argentino. A su tribu se le asignó un vasto y fértil territorio en el valle del

Río Negro. Pero doce años más tarde, traicionando la palabra dada, los militares comunicaron a Namuncurá que debía trasladarse con su gente a lo alto del valle, entre los picos nevados de los Andes. Viejo y humillado, Namuncurá partió con los suyos hacia la «reserva». A su lado correteaba Ceferino, un niño de ocho años. Era el sexto de sus doce hijos.

1897. Después de haberlo discutido con los ancianos de la tribu, el viejo cacique anuncia a Ceferino que harán un largo viaje. «Te llevaré a Buenos Aires, a la escuela de los blancos. Tú eres inteligente y eres la última esperanza de nuestra gente. Si llegas a ser militar o político, podrás defender los derechos de los araucanos. De otro modo, nuestra raza desaparece para siempre».

Namuncurá llevó a su hijo a la Escuela Militar. La férrea disciplina y las pesadas bromas de los compañeros aterrorizaron a Ceferino. Rogó a su padre que lo sacara de allí, Por consejo del presidente de la república, Namuncurá lo llevó al colegio Pío IX de los salesianos, donde se hallaba el obispo Juan Cagliero. Ceferino se encontró bastante bien allí. Inmediatamente demostró una tenaz voluntad, pero al mismo tiempo un fuerte instinto de libertad total y soberana. Durante algunos meses rechazó el tener que ponerse en fila con los demás. En la clase, aprendió a leer en poquísimos tiempo, y consiguió una caligrafía clara y elegante.

Sus compañeros, cuando tenían que elegir representante para alguna ceremonia, elegían al mapuche. A los doce años recibe el Cuerpo de Jesús. Con la lealtad características de su gente, el muchacho consideró aquel acontecimiento como un compromiso absoluto para toda su vida.

Los momentos más hermosos, Ceferino los pasaba cuando iba a visitarlo don Melanesio, llevándole noticias de su familia y de su tribu. Fue en aquellos encuentros cuando Ceferino comenzó a soñar en llegar a ser, no un político o un militar, sino un sacerdote como don Melanesio.

Defendería a su gente de los blancos y de su alcohol (que los estaba diezmando), y de las costumbres bárbaras que consideraban sagrada la venganza y honrosa la muerte del enemigo.

**«Te llevaré a Buenos Aires, a la escuela de los blancos. Tú eres inteligente y eres la última esperanza de nuestra gente. Si llegas a ser militar o político, podrás defender los derechos de los araucanos. De otro modo, nuestra raza desaparece para siempre».**

Durante los cinco años que pasó en el colegio, Domingo Savio fue su modelo. Ejemplar en su entrega a la vida de piedad, a la caridad, a las obligaciones de cada día, a la vida ascética. Se escribió de él: «En el recreo actuaba como árbitro entre sus compañeros, aceptando éstos su palabra»; corregía a sus compañeros, enseñándoles a hacer despacio y con devoción la señal de la cruz. Se diría que se estaban invirtiendo los papeles: el indio convirtiendo a los blancos».

El organismo de los indios se manifestaba indefenso contra los gérmenes de las enfermedades ordinarias traídas por los blancos: resfriados y bronquitis se transformaban rápidamente en tuberculosis, que los derrumbaba. En el cuarto año en Buenos Aires, mientras se estaba haciendo un muchacho alto y macizo, Ceferino comenzó a padecer una tos continua y rebelde.

Informado monseñor Cagliero, hizo volver a Ceferino a Viedma, donde residía él, ciudad de clima mucho más fresco; desde allí lo hizo acompañar hasta su gente. Aquel muchacho de quince años volvió a abrazar a su viejo padre y a sus hermanos. Por treinta días respiró el aire suave de los Andes, mordió con sus dientes la carne de caza asada al fuego de los campos, durmió en las tiendas envuelto en la cálida piel de los

guanacos, pero la tos no desaparecía. Ya los pulmones estaban tocados, y el frío de las noches acabó por empeorar la situación.

El año 1904 monseñor Cagliero fue nombrado arzobispo y fue llamado por el papa a Roma. Ceferino, que el año anterior había tenido una recaída en su salud, le pidió que lo llevase con él. Cagliero sabía que en Europa la medicina estaba mucho más avanzada que en Argentina. Pero sabía también que contra la tuberculosis no había curas eficaces. Consultó al viejo Namuncurá. Sólo tras su aprobación, contentó a Ceferino. Desembarcaron en Génova en agosto de 1904. Subieron a Turín, donde los acogió paternalmente don Rua, sucesor de Don Bosco. Bajaron a Roma a visitar al Papa.

Al llegar el invierno, Ceferino trató de volver a sus estudios en la escuela salesiana de Villa Sora. Un compañero suyo de estudios recuerda: «Siempre estaba serio, casi triste. Pero la sonrisa brillaba en sus ojos. En la iglesia todos lo recuerdan recogido en oración como un ángel». En la primavera de 1905 la fiebre lo consumía día tras día, hasta quitarle todas sus fuerzas. Musitaba: «Rueguen por mí, para que pueda curar y llegar a ser sacerdote... si es la voluntad del Señor».

En abril lo trasladaron al hospital romano de la isla Tiberina.

Ceferino sabía que estaba muriendo y pidió recibir una vez más a Jesús Eucaristía, el «aliado» al que había sido siempre totalmente fiel. Se apagó en la mañana del 11 de mayo de 1905, casi a los 19 años.

El 22 de junio de 1972 el Papa Pablo VI lo declaró «Venerable», primer paso en el proceso de canonización. Sus restos mortales descansan en la capilla de Fortín Mercedes.

**Namuncurá lo llevó al colegio Pío IX de los salesianos, donde se hallaba el obispo Juan Cagliero.**